

ame mucho hasta la muerte en esta vida y por toda la eternidad de la otra. Mostrad con vuestro poder, Dios omnipotente, este prodigio en el mundo: que un alma tan ingrata como la mía llegue a ser una de las más amantes vuestras. Hacedlo, Jesús mío, por vuestros merecimientos. Así lo deseo, así propongo hacerlo toda mi vida. Vos, que me inspiráis el deseo, dadme fuerzas para cumplirlo.

Jaculatoria.—Gracias, Jesús mío, por haberme esperado hasta ahora.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

«Nadie se salva—dice San Germán, hablando con María Santísima—sino por Vos; nadie se libra de los males sino por Vos; a nadie se concede gracia alguna sino por Vos.» De suerte, Señora y esperanza mía, que, si Vos no me ayudáis, perdido estoy, y no podré llegar a bendeciros al paraíso. Pero oigo, Señora,

que todos los santos dicen que no abandonáis al que recurre a Vos y que sólo se pierde quien a Vos no recurre. Yo, miserable, a Vos recurro y en Vos pongo todas mis esperanzas.

ORACION DE SAN ANSELMO

Os suplicamos, ¡oh Reina del cielo y soberana del universo!, por la gracia que Dios os hizo al elevaros a tan excelsa grandeza, os suplicamos instantemente que nos obtengáis que la plenitud de la gracia de que fuisteis colmada nos haga un día participantes de vuestra gloria. Interesaos, ¡oh Madre llena de misericordia!, por hacernos gozar de aquel bien inefable por el cual Dios Salvador se dignó encerrarse nueve meses en vuestras castas entrañas. Si os dignáis pedir a vuestro Hijo por nosotros, Él escuchará vuestras súplicas. ¿Y quién podría estrechar las entrañas de vuestra misericordia maternal? Mas si Vos no tenéis piedad de nosotros, ¿qué será de nosotros, que somos tan miserables?

¿Y cuál será nuestra suerte cuando vuestro divino Hijo venga a juzgarnos?

Jaculatoria.—Esta es toda mi confianza; ésta toda la razón de mi esperanza.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

«El que me ama—dice Jesús—observa mis mandamientos.» Esto me enseña que la virtud de la obediencia es hija del amor, y que por lo mismo que debo a Dios amor sobre todas las cosas, le debo también obediencia en todas las cosas. Así lo comprendisteis vos, obedientísimo José, y por eso le amasteis con toda vuestra alma y renunciasteis enteramente a vuestra propia voluntad para hacer en todo la de Dios, siguiendo el ejemplo de Jesús, que se entrega a la muerte en aras del amor, y de María, que se sacrifica en el altar de la obediencia, exclamando: *He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra.* Alcanzadme, piadoso protector, la

gracia de amar a Dios sobre todas las cosas. ¡Oh! *¡Qué hermosa es la obediencia!* Jesús recibe por ella un nombre sobre todo nombre; María, la sublime dignidad de Madre de Dios y corredentora del mundo, y vos, la de padre de Jesús y esposo de María. Por eso vuestro devoto José de Calasanz sacrifica en aras del amor y de la obediencia su larga y fecunda vida y me anima a seguir sus pasos, diciéndome: «Nada has dado a Dios si no le has dado tu corazón.» Yo quiero, glorioso Patriarca, entregar a Jesús todo mi corazón. Conseguidme la gracia de amarle sobre todas las cosas, para obedecerle también en todas las cosas.

Jaculatoria.—Bendito San José, modelo sublime de obediencia, alcanzadme esta virtud, que sea el verdadero contento de mi alma y paz y ventura en mi familia.

Oración, pág. 26.

DECIMOQUINTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Fuego vine a prender en la tierra, ¿y qué quiero, si ya ha prendido? (Lc., 12, 49). Decía el venerable Padre don Francisco Olímpio, teatino, no haber cosa en la tierra que más vivamente encienda el fuego del amor divino en los corazones de los hombres como el Santísimo Sacramento del altar. Por eso, el Señor se mostró a Santa Catalina de Sena como una hoguera de amor, de la cual salían torrentes de divinas llamas que se esparcían por toda la tierra, por lo que la santa quedaba pasmada, considerando cómo los hombres todos podían vivir sin abrasarse de amor en medio de tamaño amor a los hombres.

Jesús mío, permitid que por Vos me abraze; haced que no piense, ni suspire, ni desee, ni busque más bien que a Vos. ¡Dichoso yo, si me poseyese este santo

fuego vuestro, y al paso que se van consumiendo mis años, fuera consumiendo felizmente en mí todos los afectos terrenos! ¡Oh Verbo divino, oh Jesús mío!, os veo sacrificado completamente, anadado y destruído por mi amor en el altar. Razón será, por tanto, que así como os sacrificáis hecho víctima de amor por mí, yo me consagre todo a Vos. Sí, mi Dios y mi soberano Señor; hoy os sacrifico toda mi alma, todo mi ser, toda mi voluntad, mi vida toda. Uno este mi pobre sacrificio con el sacrificio infinito que de Sí mismo os hizo, ¡oh Eterno Padre!, una vez en la tierra, Jesús, vuestro Hijo y mi Salvador, en la cruz, y que ahora os hace a diario tantas veces en los altares. Aceptadlo, pues, por los merecimientos de Jesús, y dadme la gracia de repetirlo todos los días de mi vida y de morir sacrificándome por completo en honra vuestra. Deseo la gracia concedida a tantos mártires de morir por vuestro amor; mas si no soy digno de ella, a lo menos, Señor mío, concededme que os sacrifique con toda mi voluntad mi vida, abrazando la muer-

te que me enviaréis. Señor, quiero la gracia de morir con la voluntad de honraros y daros gusto; y desde ahora os sacrifico mi vida y os ofrezco la muerte, sea cual fuere y cuando fuere.

Jaculatoria.—Jesús mío, quiero morir por agradaros.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dejad que yo también os llame, Señora mía amabilísima, con vuestro San Bernardo, «toda la razón de mi esperanza», y que os diga con San Juan Damasceno: «En Vos coloqué toda mi esperanza.» Vos me habéis de alcanzar el perdón de mis pecados, la perseverancia hasta la muerte y el verme libre del purgatorio. Los que se salvan, todos se salvan por Vos; quered, pues, salvarme y me salvaré. Vos salváis a cuantos os invocan; por eso os invoco, diciendo:

ORACION DEL MISMO SAN ANSELMO

Socorrednos, ¡oh Madre llena de misericordia!, sin que la multitud de nuestros pecados os impida interceder por nosotros. Acordaos que el Señor se dignó tomar en Vos un cuerpo mortal, no para condenar a los pecadores, sino para salvarlos. Si sólo para vuestra propia gloria hubierais sido constituída Madre de Dios, se podría decir que no os interesaba que todos nosotros nos salvemos o condenemos. Pero vuestro Hijo se revistió de nuestra carne para la salvación de todos los hombres. ¿De qué nos serviría vuestro poder y vuestra gloria si no os valéis de él para hacernos participantes de vuestra felicidad? Protegednos, pues, Virgen santa. Vos sabéis la necesidad que tenemos de vuestro auxilio: nos encomendamos instantemente a Vos. Haced que no tengamos la desdicha de condenarnos, sino que amemos y sirvamos eternamente con Vos a vuestro divino Hijo en su gloria. Amén.

Jaculatoria.—¡Oh salvación de los que te invocan, sálvame!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Humildísimo José: a vos, que sois el modelo perfecto del hombre laborioso y sufrido; a vos, que supisteis elevaros por vuestra humilde laboriosidad desde el pobre taller del artesano a la dignidad de cortesano del Rey de los reyes, a vos acudo humildemente en demanda de la *sufrida laboriosidad*, de esa virtud oscura, pero sublime y amada de Dios, que tanto se me resiste, porque no sé apreciar su excelencia, porque no sé, como vos, tener mi corazón puesto en Jesús mientras cumplo con la ley del trabajo, a que todos estamos condenados, y de la que el mismo Jesús no quiso exceptuarse. ¡Insensato! Cegado por un necio orgullo, me olvido de que para Dios no hay jerarquías y de que ante sus divinos ojos lo mismo valen las virtudes magníficas y esplendorosas de un rey que las

humildes y ocultas de un pobre carpintero o de un sencillo labrador. Necio de mí, pierdo de vista que debo ganar el sustento con el sudor de mi rostro, y que en mi trabajo tengo mi corona y el medio más propio para expiar mis pecados, ofreciéndoselo humildemente a mi Dios. ¡Ay! ¡Cuántos años he perdido para el cielo por no haber sabido santificar mi trabajo! Alcanzadme, piadosísimo José, la virtud de la laboriosidad, y enseñadme a elevar mi corazón a Dios, ofreciéndole todas mis obras para que mis penas y amarguras se endulcen con la esperanza de recibir la recompensa del cielo.

Jaculatoria.—Esposo castísimo de María, ejemplo de sencillez y de amor al trabajo: haced que en mi corazón germinen los mismos sentimientos.

Oración, pág. 26.

DECIMOSEXTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

¡Oh, si los hombres recurriesen siempre al Santísimo Sacramento a buscar el remedio de sus males, por cierto no serían tan desdichados como son! Lamentábase Jeremías así: *¿No hay bálsamo en Galaad, o no hay allí médico?* (Jerem., 8, 22). Galaad, monte de Arabia, rico en ungüentos aromáticos, como nota Beda, es figura de Jesucristo, que tiene dispuestos en este Sacramento todos los remedios de nuestros males. Hijos de Adán, parece que nos dice el Redentor, *¿por qué, pues, os quejáis de vuestros males cuando tenéis en este Sacramento el médico y remedio de todos ellos? Venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré* (Mt., 11, 28). Os diré, pues, con las hermanas de Lázaro: *Ved que está enfermo el que amáis* (Jo., 11, 3). Señor, yo

soy el miserable al que amáis, y tengo el alma llagada por los pecados cometidos. Vengo a Vos, mi divino Médico, a que me sanéis: Vos podéis y queréis sanarme. Sanad mi alma, porque he pecado contra Vos.

Atraedme del todo a Vos, dulcísimo Jesús mío, con los amabilísimos encantos de vuestro amor. Más estimo estar unido a Vos que ser dueño de toda la tierra. No deseo en el mundo sino amaros. Poco que daros tengo: mas si pudiera poseer todos los reinos del mundo, solamente los quisiera para renunciarlos todos por vuestro amor. Renuncio, por tanto, a cuanto poseo: parientes, comodidades, gustos y hasta los consuelos espirituales; pongo a vuestra disposición mi libertad, mi voluntad. A Vos se dirijan todos mis amores. Os amo, Bondad infinita; os amo más que a mí mismo, y espero amaros eternamente.

Jaculatoria.—Jesús mío, a Vos me entrego; recibidme, por piedad.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Señora mía; dijisteis a Santa Brígida: «Por mucho que haya pecado el hombre, si verdaderamente arrepentido se vuelve a Mí, al punto estoy dispuesta a acogerlo; ni miro cuanto ha pecado, sino la voluntad con que viene, pues no me desdeño de ungir ni curar sus llagas, pues me llamo y soy en verdad Madre de misericordia.» Por tanto, ya que podéis y queréis curarme, a Vos acudo, Médica celestial, para que sanéis las muchas llagas de mi alma; con una palabra que digáis a vuestro Hijo quedaré curado.

ORACION DE SAN PEDRO
DAMIAN

¡Oh santa Virgen y divina Madre!, dignaos socorrer a los que imploran vuestra intercesión ante Dios. Volved a nosotros vuestros ojos misericordiosos y conmoveos ante nuestras miserias. Ma-

dre de gracias, ¿acaso por haber sido elevada a tan sublime grandeza, ibais a olvidar a los hombres en sus males y en su indigencia? No; sin duda, vuestro corazón se preocupa siempre por nosotros. Ciertamente, no es propio de una misericordia tan grande como la vuestra el olvidar una miseria tan profunda como la nuestra. Volved, pues, vuestras miradas hacia nosotros; ved a qué peligros estamos expuestos sin cesar. Dios Todopoderoso os ha hecho la depositaria de su poder y de sus gracias. Volved la abundancia de ellas sobre nosotros. Todo os es posible si queréis interceder por nosotros. Cuanto sois más poderosa, tanto más misericordiosa seréis, sobre todo para con los hijos afligidos que recurren a la Madre de gracia.

Jaculatoria.—¡Oh María, tened compasión de mí!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Modelo perfectísimo de todas las virtudes, celosísimo José: a vos, que durante toda la vida fuisteis víctima de vuestro celo por la honra y gloria de Dios, sufriendo por su amor terribles tribulaciones que llenaron de amargura vuestro dulcísimo corazón, especialmente durante aquellos tres eternos días que estuvisteis separado del amabilísimo Jesús, sin consuelo ni descanso, hasta que le estrechasteis de nuevo contra vuestro atribulado corazón, a vos recurro hoy humildemente. No me abandonéis, y seguidme *aquel santo celo* que no os permitía vivir un momento apartado del dulcísimo Jesús, sin el cual no hay dicha posible sobre la tierra. No consentáis que me aparte un solo momento de su divina presencia. Y si alguna vez, por mi desgracia, me aparto de Él por el pecado, excitad en mi alma tal sentimiento, que no descansa un instante hasta hallarme nuevamente decidido a no separarme más de Él aunque me cueste la

vida, diciendo con la Esposa de los Cantares: «Hallado he al que ama mi alma; tendréle y no le dejaré.» Haced que lo ame tanto, tanto, que mi alma esté siempre pensando en Él para alabarlo y bendecirlo, y hacer su voluntad en todo, y mi cuerpo lo esté siempre visitando y acompañando en este adorable Sacramento del altar, donde está humillado por mi amor y llamándome cariñosamente para regalarme con sus divinas caricias.

Jaculatoria.—¡Glorioso y sufrido San José! Infundid en mi pobre corazón sentimientos de caridad y santo celo por la gloria de vuestro amado Jesús.

Oración, pág. 26.

DECIMOSEPTIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Las almas amantes no saben encontrar mayor contento que estar en presencia de las personas que aman. Si

amamos, pues, mucho a Jesucristo, estémonos aquí en su presencia. Jesús en el Sacramento nos ve, ños oye, ¿y no le diremos nada? Consolémonos con su compañía; gocémonos de su gloria y del amor que tantas almas enamoradas tienen al Santísimo Sacramento. Ansiemos que todos amen a Jesús Sacramentado y le consagren el corazón; y nosotros consagrémosle todo nuestro afecto. Sea Él todo nuestro amor, todo nuestro deseo. El beato Salès, de la Compañía de Jesús, sentíase consolado con sólo hablar del Santísimo Sacramento, y nunca se cansaba de visitarlo. Si le llamaban a la portería, si volvía a su aposento, si andaba por casa, procuraba siempre, con tales ocasiones, repetir las visitas a su amado Señor, de modo que se advirtió que apenas pasaba hora del día sin que le visitase. Al fin, mereció morir a manos de los herejes en defensa de la verdad del Sacramento. ¡Oh, si yo tuviera también la dicha de morir por tan hermosa causa como defender la verdad de este Sacramento, en el cual nos disteis a entender, amabilísimo Jesús, la ternu-

ra del amor que nos teníais! Pero, Señor, ya que Vos hicisteis en este Sacramento tantos milagros, haced aún este milagro de atraerme del todo a Vos, que me queréis todo vuestro y que lo merecéis sobradamente. Dadme fuerzas para amaros con todo mi corazón. Los bienes de este mundo dadlos a quien os agrade, que yo los renuncio todos, y sólo quiero y suspiro por vuestro amor. Esto sólo busco y buscaré siempre. Os amo, Jesús mío; haced que os ame siempre, y nada más os pido.

Jaculatoria.—Jesús mío, ¿cuándo os amaré de veras?

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Reina dulcísima, ¡cuánto me agrada el hermoso nombre con que os llaman vuestros devotos *Madre amable!* Así es, porque Vos, Señora mía, sois sumamente amable. Vuestra hermosura hizo que quedara enamorado de Vos hasta el mis-

mo Señor vuestro. *Y el Rey se preñará de tu hermosura* (Ps. 44, 12). Dice San Buenaventura que es tan amable vuestro nombre para los que os aman, que al decirlo u oírlo decir, sienten que se inflama y aumenta el deseo de amaros. Justo es, pues, Madre mía amabilísima, que os ame; pero no me contento sólo con amaros, sino que deseo, primero en la tierra y después en el cielo, ser el primero en amaros después de Dios. Si el deseo es demasiado audaz, la culpa la tiene vuestra amabilidad y el amor especial que me habéis demostrado. Si fuéis menos amable, menos desearía amaros. Aceptad, pues, ¡oh Señora!, este deseo mío, y, en prenda de haberlo aceptado, alcanzadme de Dios este amor que os pido, pues tanto agrada a Dios el amor que se os tiene.

ORACION DEL MISMO
SAN PEDRO DAMIAN

¡Oh María, Madre de mi Dios!, dirigidnos una mirada de vuestro maternal

Corazón. Sé, ¡oh Reina de los ángeles y de los hombres!, que vuestro Corazón está lleno de ternura para con nosotros, y que nos amáis con un amor que no puede ser sobrepasado más que por el de Dios mismo. ¿Cuántas veces no habéis apaciguado la cólera de nuestro Juez, ofendido, cuando estaba a punto de descargar el castigo? Todos los tesoros de su misericordia están en vuestras manos. ¡Ah!, nunca ceséis de sernos propicia, pues sólo buscáis la ocasión de salvar los pecadores y de consolar los afligidos. Volved, pues, a nosotros esos ojos misericordiosos. a fin de que podamos un día llegar a gozar de vuestra vista en el cielo, ya que la gloria más grande que podemos obtener, después de la dicha de ver a Dios, es la de veros a Vos, bendeciros y alabaros para siempre.

Jaculatoria.—Madre mía amabilísima. os amo mucho.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Salve, fidelísimo José, salve! A vos, que sois el siervo fiel y prudente constituido por nuestro Señor sobre su familia para ser el custodio fiel del tesoro por excelencia, su divino Hijo; el sostén, amparo y consuelo de la nueva Arca de la Alianza, su bendita Madre, y el ejecutor de sus misteriosos designios sobre la tierra, a vos me encomiendo. Al mismo tiempo que admiro vuestra sublime dignidad y os glorifico y alabo, porque de vos se dijo en los Proverbios: *El que es fiel guardián de su Señor, será glorificado*, me pongo enteramente en vuestras manos para que, como plenipotenciario de Dios, su tesoro universal y fidelísimo administrador de las gracias celestiales, según Santa Teresa y el dulcísimo San Bernardo, me hagáis, aunque indigno, participante de las riquezas del cielo. Ya sé que no lo merezco; pero en vuestra poderosa protección espero conseguirlo todo de mi Señor Jesucristo, que nada os puede negar. Alcanzad-

me para ello la gracia de ser, a imitación vuestra, *un siervo fiel y sumiso a la voluntad de Dios*, para que, guardando fielmente el sagrado tesoro de los divinos mandamientos, sea con vos alabado y glorificado por toda la eternidad, en compañía de Jesús y de María, en el cielo.

Jaculatoria.—Glorioso San José, ejemplar el más sublime de fidelidad: alcanzadme esta virtud para bien de mi alma.

Oración, pág. 26.

DECIMOCTAVA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Vendrá el día en que Jesucristo en el valle de Josafat se siente sobre trono de majestad; mas ahora, en el Santísimo Sacramento, está sentado en trono de amor. Si para manifestar el rey el amor que tiene a un pastorcillo fuese a vivir en la aldehuela en que éste vive, ¿qué

ingratitude sería la del aldeanillo si no lo visitase muchas veces, sabiendo que el rey tanto desea verlo y que se trasladó a la aldea sólo por poder verlo a menudo?

¡Ay, Jesús mío! Comprendo que por mi amor habéis venido a quedar en el Sacramento del altar. Quisiera, pues, si me fuese posible, permanecer en vuestra presencia de día y de noche. Si los ángeles, ¡oh Señor!, no dejan de estar en vuestro derredor, pasmados del amor que nos tenéis, razón es que, viéndoos por mi amor en el altar, os dé gusto, a lo menos permaneciendo ante Vos y alabando el amor y la bondad que conmigo tenéis. *Delante de los ángeles os alabaré; vendré a vuestro templo a adoraros, y ensalzaré vuestro nombre por vuestra bondad y fidelidad* (Ps. 137, 1-2). ¡Oh Dios sacramentado, oh pan de los ángeles, oh sustento divino! Os amo; mas ni yo ni Vos estamos contentos de mi amor. Os amo, mas os amo muy poco; haced Vos, Jesús mío, que conozca la belleza y la bondad inmensa que amo; haced que mi corazón despida de sí to-

dos los afectos terrenos y dé todo el lugar a vuestro divino amor. Para enamorarme completamente de Vos y para uniros del todo a mí, bajáis todos los días del cielo a los altares; razón es que yo no piense más que en amaros, adoraros y daros gusto. Os amo con toda mi alma, os amo con todos mis afectos. Si me queréis pagar este amor, dadme más amor, más llamas que me impulsen a amaros siempre más, y anhelar aún más complaceros.

Jaculatoria.—Jesús, amor; dadme amor, amor.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Así como los pobres enfermos, a los que todos abandonan por sus miserias, sólo encuentran asilo en los hospitales públicos, así los más miserables pecadores, aunque de todos desamparados, no lo son de la misericordia de María, a la que, según dice San Basilio, Dios puso en el mundo como refugio y hospital

público de los pecadores. Por eso San Efrén también la llama *asilo de los pecadores*. Así, pues, Señora mía, si yo recurro a Vos, no me podéis rechazar por mis pecados; antes bien, cuanto más miserable fuere, tanta mayor razón me asiste para ser acogido bajo vuestra protección, ya que Dios os creó para refugio de los miserables. A Vos, pues, recurro, ¡oh María!; bajo vuestro manto me pongo. Sois el refugio de los pecadores; sed, pues, la esperanza de mi salvación. ¿Adónde recurriré si me rechazáis?

ORACION DE SAN ATANASIO

A Vos, ¡oh Soberana nuestra!, concede Dios toda suerte de gracias. Sois llamada por excelencia la llena de gracia, porque fuisteis colmada de ella por el Espíritu Santo, que descendió sobre Vos. Os pedimos instantemente que nos hagáis en alguna manera partícipes de los dones cuya plenitud recibisteis. Dignaos escuchar nuestros deseos y no olvidad, en el seno de vuestra misericordia, nues-

tra miseria. Que esta plenitud de gracias que rebosa en Vos se extienda hasta nosotros. Todas las naciones os llaman bienaventurada, todas las jerarquías del cielo os reverencian y bendicen, y nosotros, que somos la jerarquía que está en la tierra, nos unimos a los cánticos de los ángeles que ensalzan vuestra gloria, y os decimos: «¡Oh Reina de los ángeles y de los hombres! Recibid nuestros obsequios, escuchad nuestras plegarias, obtenednos las gracias de Dios y, sobre todo, la de amarle en el tiempo y en la eternidad.

Jaculatoria.—María, refugio mío, sálvame.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Vedme aquí, dulce Patrono mío, José, vedme aquí humildemente postrado a vuestros pies. Atento al mandato del Rey de los cielos, mi Padre bondadoso, y de la santa Iglesia católica, apostólica romana, mi cariñosa Madre, que me

dicen: «Ve a José y haz lo que él te mandare», vengo a ponerme bajo vuestro poderoso patrocinio, y a que me deis el pan de la gracia, de que tanto necesito, porque los siete pecados capitales, con quienes he vivido, me han reducido a la miseria más lastimosa. En vos confío, *como Patrón universal que sois del pueblo cristiano, administrador fiel de los tesoros celestiales*. Saciad, bondadoso, el hambre de virtudes que me consume, y no consintáis que desfallezca entre los asquerosos ídolos de los vicios que me rodean. Libradme del peligroso Egipto en que vivo esclavizado. Usad conmigo con prodigalidad del infinito tesoro de gracias que el Rey de los cielos ha puesto en vuestras manos, y de los inagotables merecimientos de nuestro Señor Jesucristo y de sus santos para sacarme, primero, del estado lastimoso de miseria en que me encuentro por mi culpa, y para hacerme, después, digno por mis virtudes de las eternas recompensas. Orad por mí, bendito Patrono de la Iglesia, y no me abandonéis.

Jaculatoria.—¡Oh Santo Protector! Haced-

me fuerte ante las contrariedades de esta vida, y conducidme por la senda de la virtud para glorificar al Señor.

Oración, pág. 26.

DECIMONONA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Dulce es hallarse en compañía del amigo querido, ¿y no nos será dulce estar, en este valle de lágrimas, en compañía del mejor amigo que tenemos, que puede darnos toda clase de bienes, que nos ama apasionadamente y por eso permanece con nosotros continuamente? En el Santísimo Sacramento podemos hablar con Jesús a nuestro gusto, abrirle nuestro corazón, exponerle nuestras necesidades y pedirle gracias; en suma, en este Sacramento podemos tratar con el Rey del cielo con entera confianza y sin encogimiento. José fue muy dichoso cuando, como testifica la Escritura, descendió Dios con su gracia a la cárcel pa-

ra consolarle. *Descendió con él en la mazmorra, y en las prisiones no lo abandonó* (Sab., 10, 13-14). Pero afortunados somos nosotros, teniendo a nuestro Dios hecho hombre, quien con su presencia real nos asiste todos los días de nuestra vida, con tanto afecto y compasión hacia nosotros. ¡Cuánto consuela al pobre encarcelado tener un amigo querido que le compadezca, le consuele, le dé esperanza, le socorra y se preocupe de consolarle en sus penalidades! Aquí tenemos a nuestro buen amigo Jesucristo, que en este Sacramento nos anima, diciendo: *He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días* (Mt., 28, 30). Aquí estoy, dice Él, todo por vosotros; bajó de propósito del cielo a esta prisión vuestra para consolaros, ayudaros y libertaros. Recibidme, entreteneos siempre conmigo; abrazaos a Mí, que así no sentiréis vuestras miserias, y después vendréis conmigo al reino donde os haré plenamente felices. ¡Oh Dios, oh amor incomprensible! Ya que os dignáis ser tan afable con nosotros, que por haceros vecino a nosotros os dignasteis ba-

jar a nuestros altares, propongo participar lo más que pueda de vuestra dulcísima presencia, que hace felices a los santos en el paraíso. Ojalá que pudiera estar siempre ante Vos para adoraros y dirigiros actos de amor! Despertad, os suplico, mi alma, si por tibieza o por ocupaciones del mundo se descuida en visitaros. Excitad en mí un gran deseo de estar siempre junto a Vos en este Sacramento. ¡Ojalá, mi amoroso Jesús, siempre os hubiera complacido! Me consuela que aún me queda tiempo de hacerlo no sólo en la otra vida, sino también en ésta. Así lo quiero hacer; quiero amaros de veras, sumo bien mío, mi amor, mi tesoro y toda mi felicidad; quiero amaros con todas mis fuerzas.

Jaculatoria.—Dios mío, ayudadme a amaros.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dice el devoto Bernardino de Bustos:
«Pecador, no desconfíes, sino recurre

con seguridad a esta Señora y la encontrarás con las manos llenas de misericordia y generosidades.» «Y sabe—añade—que más desea la piadosísima Reina hacerte bien, que tú puedas desear ser por Ella socorrido.» Doy gracias siempre a Dios, ¡oh Señora mía!, porque me hizo conoceros. ¡Pobre de mí si no os hubiera conocido o si me olvidase de Vos! Mal andaría mi salvación. Pero, Madre mía, os bendigo, os amo y confío tanto en Vos, que en vuestras manos pongo toda mi alma.

ORACION DEL ABAD CELENSE

Atraedme a Vos, ¡oh Virgen santa!, para que corra tras el olor de vuestros perfumes. Atraedme, pues estoy sujeto por el peso de mis pecados y por la malicia de mis enemigos. Así como nadie va al Padre celestial, si no es atraído por Jesucristo, me atrevo a decir que ninguno va a Jesucristo, vuestro divino Hijo, si Vos no le atraéis con vuestra intercesión y con vuestras oraciones. Vos sois,

oh Virgen santa, la que, después de Dios, enseñáis la verdadera sabiduría. Vos sois la que obtenéis la conversión a los pecadores, la perseverancia a los justos, el consuelo a los afligidos, la fuerza a los débiles, la salud a los enfermos. ¡Ay!, yo estoy cargado de todas las miserias; ejercitad, pues, vuestra gran misericordia conmigo y obtenedme la gracia de curar de todos mis males. Mi gratitud por vuestros beneficios será eterna, y mientras viva no cesaré de celebrar vuestras alabanzas.

Jaculatoria.—¡Oh María, dichoso quien os conoce y en Vos confía!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Qué dichoso, bendito Patriarca José, qué dichoso os contemplo, gozando en esta vida de las dulcísimas prendas de vuestro amor, Jesús y María, y enteramente despegado de las pompas, vanidades y miserias del mundo, que, lejos de satisfacer las aspiraciones del alma

y los deseos del corazón, despiertan en ellos una sed cada vez más rabiosa! ¡Qué paz tan hermosa la vuestra, en compañía de Jesús y María, término de toda aspiración y objeto de toda felicidad! ¡Qué dicha, qué paz la vuestra!

En cambio, ¡qué desgraciado soy! Engolfado en los negocios del mundo, que no puede dar una paz que no tiene, olvidado de mi Jesús, Príncipe de la paz, no gozo ni un solo momento *de la hermosa paz, hija del amor* y fruto fecundo del Espíritu Santo, que convierte los hombres en ángeles y el mundo en paraíso. Haced, piadoso protector mío, que odie todo lo terreno y que sólo suspire por Jesús y por María, hasta conseguir que ellos sean el único objeto de mi pensamiento y de mis deseos, y entonces la paz celestial, que tanto anhelo, reinará en mi alma, acompañada de todas las virtudes, que harán de ella su perpetua habitación, y la tornarán preciosa y aceptable a los ojos del Señor y digna de la eterna bienaventuranza, en que consiste la suprema felicidad.

Jaculatoria.—Glorioso Patriarca: interce-

ded para que mi alma se aparte del vicio y de la ostentación y se encienda más vivamente en el amor de Dios.

Oración, pág. 26.

VIGESIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

En aquel tiempo—dice Zacarías—había una fuente perenne para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén para la ablución del pecador (Zac., 13, 1). Jesús, en el Sacramento, es esta fuente predicha por el Profeta, a todos abierta, en la cual siempre que quisiéremos podemos lavar nuestras almas de todas las manchas de los pecados que cada día cometemos. Cuando alguien cae en algún defecto, ¿qué remedio más hermoso que recurrir luego al Santísimo Sacramento? Sí, Jesús mío, así propongo hacerlo siempre, pues reconozco que las aguas de esta fuente no sólo me la-

„, sino que también me dan luz y fuerza para no caer y para sufrir con alegría las contradicciones y a la vez me inflaman en vuestro amor. Sé que con este fin esperáis a que vaya a visitaros y que recompensáis con infinitas gracias las visitas de los que os aman. Jesús mío, lavadme de cuantos defectos haya hoy cometido, de los cuales me arrepiento por haberos ofendido; dadme fuerza para no recaer, infundiéndome grandes deseos de amar. ¡Quién pudiera permanecer cerca de Vos, como lo hacía aquella vuestra sierva fiel María Díaz, que vivió en tiempo de Santa Teresa, y alcanzó licencia del obispo de Avila para habitar en la tribuna de una iglesia, donde estaba casi todo el día ante el Santísimo Sacramento, a quien llamaba su vecino, sin apartarse de allí sino para ir a confesarse y comulgar! El venerable fray Francisco del Niño Jesús, carmelita descalzo, pasando ante iglesias donde estaba el Sacramento, no podía menos de entrar a visitarlo, alegando que no es cortés que el amigo pase ante la casa del amigo sin entrar, al

menos, a saludarlo y decirle unas palabras. Pero él no se contentaba con unas palabras, sino que permanecía cuanto le era dable ante su amado Señor.

¡Oh único e infinito bien mío!, veo que instituisteis este Sacramento y que dais en él sobre el altar para que os ame, y para ello me habéis dado corazón capaz de amaros mucho. Mas yo, ingrato, ¿por qué os amo u os amo tan poco? No, no es justo que sea amada tan poco una bondad como la vuestra. Al menos, el amor que me tenéis merece de mí un amor muy distinto. Sois un Dios infinito y yo un vil gusanillo. Poco sería morir por Vos, y por Vos me consumiera, que disteis la vida por mí, y os quedasteis por mí en el Sacramento, y cada día os sacrificáis en los altares por mí. Merecéis ser amado con todas las fuerzas, y así quiero hacerlo yo. Ayudadme, Jesús mío, ayudadme a amaros y a hacer lo que tanto os place y tanto deseáis de mí.

Jaculatoria.—*Mi amado es mío y yo de Él*
(Cant., 2, 16).

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Reina mía dulcísima, piadosísima, amabilísima, ¡cuando a Vos recurro, qué hermosa confianza me inspira San Bernardo! Dice que no examináis los merecimientos de los que recurren a vuestra compasión, sino que os ofrecéis a ayudar a cuantos os invocan. De modo que si yo os suplico, me escucháis benigna. Escuchad, pues, lo que os pido. Soy un pobre pecador, merecedor de mil infiernos. Quiero cambiar de vida. Quiero amar a mi Dios, a quien tanto ofendí. Me consagro a Vos por esclavo; a Vos me rindo, miserable como soy. Salvad, por favor, a quien ya es vuestro y no suyo. Señora mía, ¿me habéis oído? Espero que me habréis oído y atendido.

ORACION DEL MISMO
ABAD CELENSE

¡Oh dulcísima y santísima Virgen!, Vos hallasteis gracia ante el Señor, pues fuisteis preservada de la mancha del

pecado original y llena de los dones del Espíritu Santo. Vos tenéis el tesoro de las gracias no solamente para Vos, sino también para nosotros, a fin de que nos asistáis en todas nuestras necesidades. Vos no cesáis, en efecto, de hacerlo; socorréis a los buenos, manteniéndolos en la gracia; socorréis a los malos, preparándolos a recibir la divina misericordia; ayudáis a los moribundos, defendiéndolos de las asechanzas del demonio, los amparáis incluso después de la muerte, recibiendo sus almas y presentándolas a vuestro divino Hijo, y, finalmente, llevándolas al reino celestial de los bienaventurados. Espero de vuestra bondad, oh tierna Madre, que os dignaréis concederme estas gracias, por las cuales os bendeciré por toda la eternidad.

Jaculatoria.—¡Oh María!, tuyo soy, socórreme.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Si queréis ser perfecto, me dice con la palabra y con el ejemplo mi divino Maestro Jesús, despójate de cuanto posees y ven y sígueme por el camino de la *pobreza voluntaria, de la pureza de corazón y del sacrificio de tu propia voluntad*. Consejo sublime, como dado y practicado por la sabiduría infinita, pero que yo no he seguido nunca, porque no he tenido valor para resistir a los ejemplos del mundo, a las tentaciones del demonio y al imperio de mi propia voluntad.

He aquí, glorioso Patriarca José, mi generoso protector, la causa de todas mis desgracias, cuyo remedio vengo a pedir hoy, porque quiero, como Vos, seguir a mi amado Jesús por el único camino que conduce al cielo. No me desamparéis, antes bien, conseguidme del que todo lo dio por mí, hasta su preciosa vida, que de tal manera le ame a Él solo, que renuncie por completo a todo lo terreno, especialmente a mi pro-

pia voluntad, mi mayor enemigo, de manera que, no poseyendo nada en este mundo, adquiriera el derecho al reino de los cielos, prometido en las bienaventuranzas a los que todo lo desprecian por Dios. Hacedme comprender que todo lo posee el que tiene a Jesús, y que nada valen sin su gracia todos los tesoros del mundo; que debo ser pobre en la tierra para ser rico en el cielo.

Jaculatoria.—Santo Patriarca, alcanzadme la total resignación, humildad y pobreza, con la gracia de reverenciar siempre los designios del Todopoderoso.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOPRIMERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Donde estuviere el cuerpo, allí se reunirán también las águilas (Luc., 17, 37). Por este Cuerpo entienden comúnmente los santos el de Jesucristo, y por águilas, las almas desprendidas que, a

modo de águilas, se elevan sobre las cosas terrenas y vuelan hacia el cielo, por el que siempre suspiran con sus pensamientos y afectos, en el que hacen perpetua morada. Estas águilas de la tierra encuentran el paraíso donde encuentran a Jesús Sacramentado, de modo que no parecen saciarse de estar junto a Él. Si las águilas, dice San Jerónimo, cuando perciben el olor de un cuerpo muerto, acuden desde lejos a buscarlo, ¡cuánto más obligados estaremos nosotros a correr y aun volar hacia Jesús en el Santísimo Sacramento, como al más regalado cebo de nuestros corazones! Por esto los santos, en este valle de lágrimas, corrieron siempre como ciervos sedientos a esta fuente del paraíso. El padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, en cualquier ocupación en que se hallase, levantaba a menudo los ojos a mirar hacia donde sabía que estaba el Sacramento, visitábalo muchas veces, y a veces pasaba con Él noches enteras. Lamentábase de ver llenos de gente los palacios de los grandes para hacer la corte a un hombre de

quien esperan un mísero bien, al mismo tiempo que las iglesias, donde habita el supremo Príncipe del mundo, que está con nosotros en la tierra como en trono de amor, rico de bienes inmensos y eternos, se hallan casi desiertas. Y decía que era grande la dicha de los religiosos, pues en sus mismas casas, a cualquier hora, de día y de noche, siempre que lo desearan, pueden visitar a este excelso Señor en el Santísimo Sacramento, cosa que no es dado hacer a los seglares.

Señor mío amantísimo, ya que con tanta bondad, a pesar de verme tan sucio y tan ingrato a vuestro amor, me invitáis a que me acerque a Vos, no quiero desanimarme a vista de mis miserias; a Vos vengo y a Vos me acerco; cambiadme completamente; arrojad de mí todo amor que a Vos no se dirija, todo deseo que no os agrade, todo pensamiento que no tienda a Vos. Jesús mío, tesoro mío, amor mío, quiero dar contento a Vos, sólo a Vos quiero agradar. Sólo Vos merecéis todo mi amor, sólo a Vos quiero amar con todo mi corazón. Separadme de todo, Señor mío, y unid-

me solamente a Vos; pero de suerte que jamás me separe de Vos ni en ésta ni en la otra vida.

Jaculatoria.—Jesús mío dulcísimo, no permitas que me aparte de Vos.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dionisio Cartujano llama a la Santísima Virgen «abogada de cuantos pecadores acuden a Ella». Pues ya que Vos, excelsa Madre de Dios, tenéis el oficio de defender las causas de los reos más delincuentes que se os encomiendan, vedme hoy a vuestros pies; a Vos recurro y os digo con Santo Tomás de Villanueva: Ea, pues, Abogada nuestra, haced vuestro oficio. Haced vuestro oficio, encargándoos de mi causa. Cierto que fui reo ante mi Señor con tantas ofensas, después de tantos beneficios y gracias como me concedió; pero el mal ya está hecho y Vos me podéis salvar; basta que digáis a vuestro Dios que me defendéis, y seré perdonado y salvo.

ORACION DE SAN GUILLERMO,
OBISPO DE PARIS

Me dirijo a Vos, oh Madre de mi Dios, a quien toda la Iglesia llama Madre de misericordia. ¿Podríais rehusar vuestra asistencia a los pecadores, Vos, cuya oración es siempre agradable a Dios y nunca es desatendida? ¿Con cuánta razón San Bernardo permite que no se vuelva a hablar de vuestra misericordia, si alguna vez se hallare alguien que, habiéndoos invocado en la necesidad, no huiese experimentado vuestro socorro! No me negaréis, pues, vuestra protección, oh Madre de gracia. Estoy seguro que pediréis por mí con más solicitud y ardor de lo que yo mismo podría hacer, y que me obtendréis gracias más grandes de lo que yo osaría pedir. ¿Podría vuestra bondad, que jamás ha faltado a nadie, abandonarme en los continuos peligros de perderme para siempre en que me encuentro? No, no me abandonéis, y jamás se dirá que he implorado en vano vuestro favor.

Jaculatoria.—Querida Madre mía, Vos me tenéis que salvar.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Qué verdad es, prudentísimo José, que el que ama el peligro perecerá en él, y que un abismo conduce a otro abismo! Por no tener presentes estas divinas máximas y vivir confiado en mis propias fuerzas, como si el hombre pudiera por sí y sin el auxilio de la gracia elevarse desde el mundo de lo limitado al mundo de lo infinito, me he precipitado más de una vez en el abismo de la culpa, y en vez de levantarme escarmentado y corregido, me he hundido más y más en el lodo del vicio. ¡De qué diferente manera obrasteis vos durante vuestra santa vida! Obediente a las inspiraciones de la gracia y desconfiado de las propias fuerzas, os alejasteis inmediatamente del peligro sin reparar en sacrificios, trasladando desde Belén a Egipto el precioso tesoro que se os ha-

bía confiado, sin que os arredrasen los peligros del desierto, y sin reparar en que allí los encontraríais mayores, y quizá, Dios, en recompensa, os libra de todos. Alcanzadme del divino Jesús la gracia *de huir inmediatamente de los enemigos de mi alma*, que quieren perderla para siempre, y en premio de mi fortaleza me concederá también el don de la perseverancia hasta la muerte, con lo que lograré salir del corrompido Egipto de este mundo, puro de toda mancha de pecado, para gozar con Él, con María y con vos de las delicias eternas en el cielo.

Jaculatoria. — Gloriosísimo Patriarca, comunicadme vuestra prudencia y obtenedme el perdón de mis ofensas.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOSEGUNDA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Andaba la Esposa de los sagrados Cantares buscando a su Amado, y, no hallándolo, preguntaba: *¿Habéis, por ventura, visto al que ama mi alma?* (Cant. 3, 3). Entonces no estaba Jesús en la tierra. Mas ahora, si un alma amante de Jesús lo busca, siempre lo halla en el Santísimo Sacramento. Decía el beato padre Maestro Avila que entre todos los santuarios, ninguno sabría encontrar ni desear santuario más amable que una iglesia donde está el Santísimo Sacramento.

¡Oh amor infinito de mi Dios, digno de infinito amor! ¿Cómo pudisteis llegar, Jesús mío, a abatiros tanto, que para poder recrearos con los hombres y uniros a sus corazones os humillasteis hasta esconderos bajo las especies de pan? ¡Oh Verbo encarnado!, extremado

fuisteis en la humillación, porque fuisteis extremado en el amor ¿Cómo podré yo no amaros con todo mi ser, sabiendo cuánto habéis hecho por cautivar mi amor? Os amo mucho y por eso antepongo vuestro beneplácito a todo interés mío, a toda satisfacción propia. Mi gusto es daros gusto en todo, Jesús mío, Dios mío, amor mío y mi todo. Encended, Señor, en mí un ardiente deseo de estar de continuo delante de Vos sacramentado, de recibiros y de haceros compañía. Ingrato sería si no aceptara tan dulce y cortés invitación. ¡Ah Señor!, destruid en mí todo afecto a las cosas creadas; Vos, creador mío, queréis ser el único blanco de todos mis suspiros y de todo mi amor. Os amo, bondad amabilísima de mi Dios. No os pido más que a Vos mismo. No quiero mis contentos; quiero y me basta el contento vuestro. Aceptad, Jesús mío, este buen deseo de un pecador que os quiere amar. Ayudadme Vos con vuestra gracia, y haced que yo, miserable esclavo del infierno, sea desde hoy feliz esclavo de vuestro amor.

Jaculatoria.—Oş amo, Jesús mío, bien mío, sobre todo bien.

Comuni3n espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dulcísima Señora y Madre mía, soy un vil rebelde a vuestro excelso Hijo, pero acudo arrepentido a vuestra misericordia para que me obtengáis perd3n. No me digáis que no podéis, pues San Bernardo os llama la *ministra del perd3n*. A Vos también toca ayudar a los que están en peligro, pues San Efrén os llama *auxilio de los que peligran*. Señora mía, ¿quién está en mayor peligro que yo? Perdí a mi Dios; cierto que fui condenado al infierno; aún no sé si Dios me ha perdonado, y puedo aún volver a perderlo. Vos podéis alcanzarme todo y de Vos espero todo bien, el perd3n, la perseverancia, el paraíso. Espero ser uno de los que en el reino de los bienaventurados ensalcen más vuestras misericordias, ¡oh María!, salvándome por vuestra intercesi3n.

ORACION DEL MISMO SAN GUI-
LLERMO, OBISPO DE PARIS

¡Oh divina Madre! Vuestra bondad no ha rechazado jamás a ningún pecador que a Vos hubiera recurrido, por grandes que fueran sus pecados. No en vano la Iglesia os llama refugio de los desdichados. ¡Ah!, que no se diga que mis crímenes me han cerrado la puerta de vuestro corazón y os impiden interceder por mí delante de Dios. Vos sois la mediadora de la paz, la sólida esperanza, el asilo seguro de todos los desdichados, y siempre se dirá que la Madre de misericordia por excelencia presta su ayuda a todos los míseros que la invocan. Por este título acudo confiadamente a Vos. Dejaos, pues, ablandar en favor mío, por esa gran misericordia vuestra que sobrepasa infinitamente a mis pecados, por grandes y multiplicados que hayan podido ser.

Jaculatoria.—Cantaré eternamente las misericordias de María, eternamente las cantaré. Amén, amén.

Oración, pág. 24.